

Profundidades y alturas



Charles H. Spurgeon

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

Profundidades y alturas

Nº 2635

Sermón predicado la noche del Domingo 21 de Mayo de 1882 por Charles Haddon Spurgeon. En el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres (y seleccionado para lectura el Domingo 13 de Agosto de 1899).

“En estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas”. — Hebreos 1: 2, 3.

Esta noche no haré otra cosa que predicar a Jesucristo. Este fue el tema preferido de los primeros ministros cristianos: “Todos los días, en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo”. Cuando Felipe descendió a la ciudad de Samaria, “les predicaba a Cristo”. Cuando se sentó con el eunuco etíope en su carro, “le anunció el evangelio de Jesús”. Tan pronto como Pablo fue convertido, “En seguida predicaba a Cristo en las sinagogas, diciendo que éste era el Hijo de Dios”. Por esta vez consideramos que la venerabilidad de nuestro tema es digna de ser destacada. No nos avergonzaremos de predicar lo que predicaron los apóstoles y lo que los mártires y los confesores predicaron. Esperamos proclamar este glorioso Evangelio del Dios bendito en tanto que vivamos y, cuando esta generación de predicadores haya partido —a menos que el Señor venga— esperamos que siempre se encuentre disponible una sucesión de varones que determine no predicar otra cosa “sino a Jesucristo, y a éste crucificado”. Pues, después de todo, este es el tema de mayor necesidad para los seres humanos. Pudieran apetecer otras cosas, pero nada puede satisfacer la profunda carencia real de su naturaleza excepto Jesucristo y la salvación por medio de Su sangre preciosa. Él es el Pan de vida que descendió del cielo; Él es el Agua de vida de la que si un hombre

bebe, ya no tendrá sed jamás. De aquí que nos convenga reflexionar a menudo sobre este tema, pues es de suprema necesidad para los hijos de los hombres. Este es el tema que Dios el Espíritu Santo se deleita en bendecir. Yo estoy seguro de que, en igualdad de condiciones, Él honra la predicación en proporción a la medida en que se concentre en Cristo. Yo podría predicar mucho acerca de la Iglesia, pero el Espíritu Santo no toma de las cosas de Cristo para glorificar a la Iglesia. Yo podría predicar alguna doctrina o práctica que no tuvieran que ver con Cristo —eso sería ofrecer la cáscara sin la carne del fruto— pero allí donde Jesús lo endulza todo y le da sabor a todo, el Espíritu Santo se deleita en detenerse en ese ministerio y darle vida y hacerlo poderoso para la conversión de los hombres.

Y, queridos amigos, yo estoy seguro de que la predicación de Cristo es siempre grata a los oídos de Su propio pueblo. “Tu nombre es como ungüento derramado; por eso las doncellas te aman”. Y este tema es sumamente agradable para Dios el Padre, a quien le complace saber que Su Hijo es exaltado y alabado. Él se deleita en Su Hijo y quienes también se deleitan en Él, son amigos de Dios. Tanto Dios el Padre como el Espíritu Santo quieren que Jesucristo sea ensalzado y cuando eso sucede, podemos esperar que nuestro ministerio sea sellado, y podemos esperar almas como nuestro salario.

Yo quisiera permitir que Jesucristo hablara por sí mismo en este momento, por así decirlo. Yo no puedo hablar por Él como Él puede hacerlo por Sí mismo. ¿Acaso sostendré mi vela para alumbrar al sol como si él la necesitara para revelar su luz? No, ciertamente no; y, por tanto, con estudiada claridad, voy a intentar poner el propio texto ante ustedes y hablar acerca de él de tal manera que no sea lo que yo diga lo que recuerden sino el propio tema. Mi tema ha de ser el Salvador —el único Salvador— el Salvador que tiene que salvarlos o de otra manera tendrán que perecer, “porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”. Yo estoy a punto de hablar sobre Él, y pienso que todos los que están conscientes de la necesidad de ser salvados, sólo querrán oír acerca de Él y saber cómo pueden llegar a Él, y cómo pueden convertirlo en su Salvador; y con sólo que oigan respecto a eso, estarán sumamente contentos de escuchar.

Primero, entonces, voy a hablar acerca de quién es el Salvador. Permítanme leerles de nuevo el texto: “En estos postreros días nos ha hablado por el Hijo” —el Hijo de Dios— “a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder”. Ese es Jesús. Luego, en segundo lugar, voy a hablar sobre lo que Jesús hizo: “Habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo”. Luego, en tercer lugar, quiero decirles lo que disfruta. Después que hubo cumplido con Su grandiosa obra de salvación, “se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas”.

I. No es posible que lengua alguna pudiera explicar plenamente QUIÉN ES JESÚS; con todo, por la bendita enseñanza del Espíritu Santo, voy a decirles todo cuanto sé acerca de Él.

Primero, Jesús es el propio Hijo de Dios. ¿Qué sé yo acerca de esa prodigiosa verdad? Si intentara explicarla y hablarles acerca de la filiación eterna, los conduciría donde pronto me encontraría fuera de mi nivel de profundidad y muy probablemente ahogaría en una andanada de palabras todo lo que pudiera decirles. La Deidad no ha de ser explicada sino ha de ser adorada; y la condición de Hijo que ostenta Cristo debe ser aceptada como una verdad revelada y debe ser asida por la fe aunque no pueda ser captada por el entendimiento. Los padres de la Iglesia realizaron muchos intentos de explicar la relación entre las dos Divinas Personas, el Padre y el Hijo, pero habría sido mejor que no hubieran divulgado nunca las explicaciones, pues las figuras que utilizaron tienden a conducir al error. Bástenos decir que, en el lenguaje sumamente pertinente del Credo de Nicea, Cristo es “Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero”. Él es co-igual con el Padre, aunque no sepamos cómo es eso. Él tiene la relación más íntima posible con el Padre, una relación de intenso amor y deleite, así que el Padre dice de Él: “Este es mi Hijo amado”. Sí, Él es uno con el Padre, de tal manera que no es posible separarlos. Él mismo dijo: “Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí” en respuesta a la petición hecha por Felipe: “Señor, muéstranos el Padre”.

Permítanme hacer una pausa aquí y decir lo siguiente a todos los que buscan la salvación: ¡Qué consuelo debería suponer para ustedes el hecho

de que quien vino para salvar a los hombres, sea Divino! Por tanto nada puede ser imposible para Él. Es más, no digo simplemente que Él es Divino; voy a ir más lejos y diré que Él es la Deidad misma. Cristo Jesús es Dios, y siendo Dios, no puede haber cosas imposibles y ni siquiera difíciles para Él. Él puede salvarte, quienquiera que seas. Aunque hayas llegado al propio borde de la eterna ruina, no estarías fuera del alcance de la omnipotencia y la omnipotencia es algo inherente a la Deidad.

¡Oh, queridos amigos, regocíjense de veras con esta asombrosa verdad: quien fue un bebé en Belén era Dios encarnado! Que Aquel que, estando cansado, se sentó junto al pozo de Sicar, era Dios encarnado. Que Aquel que no tenía dónde recostar Su cabeza, era Dios encarnado. Y es Él quien ha asumido la estupenda labor de la salvación de los hombres; por tanto, los hombres pueden esperar y confiar en Él. No debe sorprendernos que cuando los ángeles se enteraron de la venida de Cristo a la tierra, cantaran: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!”, pues Dios se había encarnado para salvar a los hijos de los hombres. Entonces, estas palabras de nuestro texto: “el Hijo”, son voces pletóricas de aliento.

Ahora noten, a continuación, que Jesús es el “heredero de todo”. ¿A cuál de las naturalezas de Cristo se refiere el apóstol en esta frase: “a quien constituyó heredero de todo”? Yo no pienso que Pablo separara aquí las dos naturalezas, como para referirse de manera absoluta a una o a la otra; habla de la persona de Cristo y esa persona tiene una naturaleza divina y esa misma persona tiene, cierta y verdaderamente, una naturaleza humana. Pero hemos de entender esta descripción que Jesucristo fue constituido “Heredero de todo”, en relación a Su persona como hombre, y como Dios y hombre conjuntamente pues, únicamente como Dios, Cristo es necesariamente “Heredero de todo” sin necesidad de ninguna designación; es en Su compleja persona como Dios y como hombre juntamente que el Padre lo ha constituido “Heredero de todo”.

Ahora, ¿qué significa eso sino que Cristo posee todas las cosas así como un heredero posee su herencia y que Cristo es Señor de todas las cosas así como un heredero se convierte en señor y soberano en medio de sus hermanos? Este nombramiento tendrá pleno efecto muy pronto pues,

“todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas”. Cristo es Señor de todos los ángeles; ni un solo serafín extiende sus alas a no ser por la orden del “Herederero de todo”. No hay espíritus refulgentes, desconocidos para nosotros, que estén fuera del control del Dios-hombre, Cristo Jesús; y también los ángeles caídos están obligados a inclinarse ante Su omnipotencia. En cuanto a todas las cosas de aquí abajo, a las sustancias materiales, a los hombres regenerados o no regenerados, Dios le ha otorgado a Él poder sobre toda carne para que dé vida eterna a todos cuantos el Padre le ha dado. Él ha puesto todas las cosas debajo de Sus pies, “y el principado sobre su hombro”. Él es Herederero, o Señor y Poseedor de todas las cosas y permítanme decir que también lo es de todas las suertes de bendiciones y de todas las formas de gracia, pues “agradó al Padre que en él habitase toda plenitud”; y con la misma seguridad con la que el tiempo gira y con la que observas los fugaces minutos en la carátula del dial, la hora viene cuando Cristo será universalmente reconocido como Rey de reyes y Señor de señores. Ya me parece oír las exclamaciones que ascienden desde todos los rincones del globo habitable y del cielo y de todo el espacio: “¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina!” Todo ha de someterse a Su dominio, voluntaria o involuntariamente, pues Su Padre lo ha constituido “Herederero de todo”.

Opino que este es otro prodigioso motivo de aliento para cualquiera que esté buscando la salvación. Pobre pecador, Cristo tiene en Su mano todo lo necesario para salvarte. Algunas veces, cuando un médico atiende a algún enfermo —supongan que sea a bordo de un barco— pudiera tener que decirle: “creo que podría curar tu enfermedad si pudiera contar con tal y tal medicina; pero, desafortunadamente, no tengo ese remedio a mi alcance”. O el doctor pudiera tener que decirle al paciente: “yo creo que con una operación se lograría tu curación, pero no tengo el instrumental necesario para realizarla”. El grandioso Médico de las almas nunca tendrá que hablar de esa manera, pues el Padre ha puesto todas las cosas en Su mano. ¿Oh, no lo hemos contemplado como la gloria del Padre, lleno de gracia y de verdad?

¡Tú, gran pecador; tú, negro pecador, Cristo no carece de poder para salvarte; y si tú vienes y te confías a Sus manos, Él nunca tendrá que buscar en torno Suyo para encontrar el bálsamo para tus heridas, o los ungüentos o

los linimentos para vendar esas putrefactas lesiones tuyas! No, Él es “Herederero de todo”. Entonces otra vez repito: “¡Aleluya!”, al tiempo que lo predico a ustedes como el bendito Salvador de los pecadores, el Hijo de Dios, el “Herederero de todo”.

Noten, a continuación, que Jesucristo es el Creador: “por quien asimismo hizo el universo”. No sabemos cuántos mundos pudiera haber. Pudiera ser cierto que todas esas esferas celestes que pueblan el cielo de medianoche son mundos llenos de seres inteligentes; es mucho más fácil creer que lo son a que no lo son, pues, seguramente Dios no ha construido todas esas magníficas mansiones para dejarlas deshabitadas. Sería irracional concebir que los miles de estupendos mundos, sustancialmente más grandes que esta pobre partícula diminuta en el grandioso universo de Dios, hayan quedado deshabitados. Pero no importa cuántos mundos haya; Dios los hizo a todos por Jesucristo: “Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho”. Lo veo de pie, por decirlo así, junto al yunque de la omnipotencia, forjando a martillazos los mundos que se desprenden como chispas por todos lados, a cada golpe de Su majestuoso brazo. Era Cristo quien estaba allí —“poder de Dios, y sabiduría de Dios”, como Pablo lo llama— creando todas las cosas. Me encanta pensar que Aquel que creó todas las cosas es también nuestro Salvador, pues entonces puede crear en mí un corazón limpio y puede renovar un espíritu recto en mi interior; y si necesito una creación completamente nueva —como en efecto la necesito— Él está a la altura de esa tarea. El hombre es incapaz de crear el más diminuto de los mosquitos que hayan danzado jamás en el rayo vespertino del sol; el hombre es incapaz de crear ni siquiera un solo grano de polvo; pero dado que Cristo creó todos los mundos, Él puede hacernos nuevas criaturas gracias al asombroso poder de Su gracia.

¡Oh pecadores, vean cuán poderoso Salvador ha sido provisto para ustedes y no digan nunca que no pueden confiar en Él! Yo estoy de acuerdo con el buen señor Hyatt quien, cuando se le preguntó en su lecho de muerte: “¿Puedes confiar en Cristo con toda tu alma?”, —él respondió— “si tuviera mil almas, todas podría confiarlas a Él”. Y lo mismo puedes hacer tú; si tuvieras tantas almas como todas las que Él ha creado jamás, y su tuvieras amontonados sobre ti todos los pecados que los hombres hubieren cometido

jamás, todavía podrías confiar en el Hijo de Dios “a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo”.

Ahora avancen un poco más y vean cómo es llamado Cristo a continuación: “el resplandor de la gloria de Su Padre”. Cubran sus ojos pues no pueden mirar este prodigioso espectáculo sin ser deslumbrados por él. La Versión Revisada lo traduce así: “la refulgencia de su gloria”; pero yo no veo más contenido en esa expresión que en la palabra: “resplandor”. Algunos comentaristas dicen —y no es una figura indebida, pero con todo, no podemos estirar demasiado ninguna figura— que como la luz es al sol, así Jesús es a la gloria de Dios. Él es el resplandor de esa gloria; es decir, no hay ninguna gloria en Dios que no esté también en Cristo; y cuando esa gloria llega a su clímax, cuando Dios el Siempre-glorioso es más glorioso, esa mayor gloria está en Cristo. ¡Oh, esta es una portentosa Palabra de Dios —el mismísimo clímax de la Deidad— la reunión de cada bendito atributo en toda su infinitud de gloria! Todo eso se encuentra en la persona del Dios-hombre, Cristo Jesús. Hay todo un sermón en estas palabras: “el resplandor de su gloria”; pero no puedo predicarlo esta noche, porque entonces no podría completar la exposición del resto de mi texto.

Así que prosigamos a la siguiente cláusula: “y la imagen misma de su sustancia”. Hace un minuto les dije: “Cúbranse sus ojos”; pero ahora podría decirles: “Ciérrenlos”, al pensar en la suma brillantez descrita por estas palabras: “la imagen misma de su sustancia”. Todo lo que Dios es, Cristo es; la propia semejanza de Dios, la propia Divinidad de la Divinidad, la propia Deidad de la Deidad, es en Cristo Jesús: “la imagen misma de su sustancia”.

El doctor John Owen, a quien le encanta explicar el significado espiritual contenido en la Epístola a los Hebreos por medio de los tipos en el Antiguo Testamento —que es evidentemente lo que Pablo estaba haciendo, bajo la guía del Espíritu Santo— explica el resplandor de la gloria del Padre haciendo referencia a la Shekinah⁽¹⁾ sobre el propiciatorio, que era la única señal visible de la presencia de Dios allí. Se dice que una extraordinaria luminosidad refulgía en medio de los querubines. Ahora bien, Cristo es Dios manifiesto en Su resplandor. El sumo sacerdote llevaba puesta en su frente una lámina de oro sobre la cual estaba profundamente

cincelada, en letras hebreas, esta inscripción: “SANTIDAD A JEHOVÁ”. El doctor Owen piensa que en esta expresión: “y la imagen misma de su sustancia” —en esta condensada inscripción de Dios, por decirlo así— hay una referencia a la inscripción que estaba puesta en la frente del sumo sacerdote y que representaba la gloriosa integridad o santidad de Jehová, que es Su gran gloria. Bien, ya sea que el apóstol se refiriera a eso o no, a nosotros nos corresponde quitarnos los zapatos en presencia de Cristo, quien es “el resplandor de la gloria de su Padre, y la imagen misma de su sustancia”. Para mí, estas palabras son como la zarza en la que Dios estaba, pero que no era consumida, pues todas ellas arden con fuego. ¿Qué más diré acerca de ellas?

Ahora, como Cristo es todo esto que Pablo describe, ¿quién se atrevería a darle la espalda? Si Él es el Pastor que ha venido para buscar a la oveja perdida, oh pobre oveja perdida, ¿no querrás ser encontrada por Él? Si Él es el Embajador de Dios, que viene vestido con el manto carmesí de Su propia sangre para redimir a los hijos de los hombres, ¿quién rehusará la paz que trae?

Noten adicionalmente que Cristo es, tal como lo mencioné en el sexto punto de la descripción del apóstol: “quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder”. Sólo piensen en eso. Este grandioso mundo nuestro es sustentado por la palabra de Cristo. Si Su palabra no le diera una existencia continuada, iría de regreso a la nada de donde brotó. No existe ningún ser que sea independiente del Mediador, excepto únicamente el siempre bendito Padre y el Espíritu. “Quien sustenta todas las cosas”, esto es, quien continúa manteniéndolas como son. Justo como estas columnas sostienen estos balcones, o como los cimientos sustentan una casa, así Jesucristo “sustenta todas las cosas con la palabra de su poder”. Sólo piensen en esto: esos innumerables mundos de luz que hacen que el espacio ilimitado luzca como si hubiera sido rociado con polvo de oro, se desvanecería como otras tantas chispas que se extinguen y dejaría de ser, si el Cristo que murió en el Calvario no quisiera que continuasen existiendo. No puedo extraer de mi texto todas las asombrosas verdades que contiene, aun deseando hacerlo; pero, seguramente, si Cristo sustenta todas las cosas, Él puede sustentarme. Si la palabra de Su poder sustenta la tierra y el cielo, seguramente esa misma palabra puede sustentarte, pobre corazón trémulo, si confías en Él.

No debería haber ningún temor acerca de este asunto; ven y pruébalo por ti mismo. ¡Que Su bendito Espíritu te capacite para hacerlo ahora!

Habiendo tanto espacio de maniobra, muy bien podría extenderme, pero debo apresurarme al siguiente punto.

II. Apliquen sus oídos y sus corazones a escucharme mientras les hablo ahora acerca DE LO QUE JESÚS HIZO.

¿Qué hizo Aquel que es todo lo que he tratado de describir? Primero, purificó eficazmente nuestros pecados: “habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados”. Escuchen esas prodigiosas palabras. Nunca hubo una tarea semejante a esta desde el inicio del tiempo. La antigua fábula habla acerca del establo de Augías, que era lo suficientemente inmundo para haber envenenado a una nación y que Hércules limpió; pero nuestros pecados eran más inmundos que eso. Los muladares son agradables comparados con estas abominaciones; ¡la purificación de nuestros pecados pareciera una tarea demasiado degradante para que Cristo se comprometiera a realizarla! Los barrenderos de las calles, los ayudantes de cocina, los limpiadores de las alcantarillas, tienen un trabajo honorable comparado con la tarea de purificar el pecado. No obstante, el santo Cristo, incapaz de pecar, se humilló para purificar nuestros pecados. Quiero que mediten sobre esa prodigiosa obra y que recuerden lo que hizo antes de regresar al cielo. ¿No es algo maravilloso que Cristo purificara nuestros pecados antes de que los hubiéramos cometido? Allí estaban, ante la vista de Dios, como ya existentes en toda su repugnancia; pero Cristo vino, y los purificó. Esto, seguramente, debería hacernos cantar un cantar de cantares. Antes de haber pecado, Él purificó mis pecados; singular y extraño como es, con todo, así es.

Entonces, adicionalmente, el apóstol dice que Cristo purificó nuestros pecados por medio de sí mismo, esto es, ofreciéndose como nuestro Sustituto. No podía haber ninguna purificación del pecado, excepto si Cristo llevaba su carga y Él en efecto la llevó. Él soportó todo lo que le correspondía al hombre culpable debido a su violación de la ley de Dios, y Dios aceptó Su sacrificio como un pleno equivalente, y así efectuó la purificación de nuestros pecados. Él no vino para hacer algo por medio de lo cual nuestros pecados pudieran ser purificados, sino que nos limpió

eficazmente, realmente, efectivamente, completamente. ¿Cómo lo hizo? ¿Gracias a Su predicación? ¿Por medio de Su doctrina? ¿Por Su Espíritu? No. “Personalmente”. ¡Oh, esa es una bendita palabra! La Versión Revisada la ha dejado fuera, pero la Biblia enseña repetidamente esa doctrina. “Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero”. “Por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención. Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?” Él se entregó por nosotros; no únicamente Su sangre, sino todo lo que lo constituía, Su Deidad y Su humanidad. Todo lo que tenía, y todo lo que era, Él lo entregó como el precio del rescate por nosotros; ¿puede estimar alguno de ustedes el valor de ese precio? Los actos de Uno, Divino como es, son acciones Divinas; y hay un peso y una fuerza contenidos en ellas que no podrían estar presentes en los actos de los mejores hombres y ni siquiera de todos los santos ángeles: “Habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo”.

Ahora, que cada creyente, si quiere ver sus pecados, se pare de puntillas y mire hacia arriba; ¿los vería allá? No. Si mirara hacia abajo, ¿los vería allí? No. Si mirara a su alrededor, ¿los vería allí? No. Si mirara en su interior, ¿los vería allí? No. Entonces, ¿adónde debería mirar? Adonde guste, pues nunca los verá de nuevo de acuerdo a esta antigua promesa: “En aquellos días y en aquel tiempo, dice Jehová, la maldad de Israel será buscada, y no aparecerá; y los pecados de Judá, y no se hallarán; porque perdonaré a los que yo hubiere dejado”. ¿Les digo dónde están sus pecados? Cristo pagó por ellos y Dios dijo: “Echaré tras mis espaldas todos sus pecados”. ¿Dónde es eso? Todas las cosas están delante de Dios. Yo no sé dónde pudiera ubicarse este lugar: tras las espaldas de Dios. No está en ninguna parte, pues Dios está presente en todas partes y lo ve todo. Así que allí es donde mis pecados se han ido; hablo con la máxima reverencia cuando digo que se han ido donde el propio Jehová no puede verlos nunca. Cristo los ha purificado tal manera que han cesado de existir. El Mesías vino para acabar con la transgresión, y para poner un fin al pecado y lo ha hecho.

Oh creyente, si Él ha acabado con el pecado, entonces acabó con él, ¿y qué más pudiera haber del pecado? Aquí hay un bendito texto para ustedes. Me encanta meditar acerca de él a menudo cuando estoy solo: “Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones”. Él hizo eso en la cruz del Calvario; allí, eficazmente, finalmente, totalmente, completamente, eternamente, purificó a todo Su pueblo de sus pecados tomándolos sobre Sí mismo, soportando todas sus terribles consecuencias, cancelándolos y borrándolos y arrojándolos a las profundidades del mar y eliminándolos para siempre; y todo eso lo hizo “por medio de Sí mismo”.

Fue verdaderamente un amor prodigioso el que lo condujo a humillarse para realizar esta purificación, esta expiación, esta reparación por el pecado; pero, gracias a quién era y qué era, lo hizo íntegramente, lo hizo perfectamente. Dijo: “¡Consumado es!”, y yo le creo. Yo no admito ni por un momento —no puedo hacerlo— que haya algo que nosotros podamos hacer para completar esa obra, o cualquier cosa que se requiera de nosotros para completar las aniquilaciones de nuestros pecados. Aquellos por quienes Cristo murió son limpiados de toda su culpa y pueden proseguir su camino en paz. Él fue hecho maldición por nosotros y ahora sólo nos queda disfrutar de la bendición.

III. Ahora, por último, tengo que hablar acerca de lo que CRISTO GOZA AHORA: “Habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas”. Aquí voy a tener que decir otra vez que no me encuentro en mi nivel de profundidad; hay aguas en las que debo nadar, pero no soy un buen nadador en unas benditas profundidades como estas.

Sin duda hay una alusión aquí al sumo sacerdote quien, en el solemne día de la expiación, se presentaba delante de Dios una vez que el sacrificio era ofrecido. Cristo, nuestro grandioso Sumo Sacerdote, habiéndose ofrecido una vez para siempre como el sacrificio por el pecado, ha entrado ahora en el lugar santísimo, y allí se sienta a la diestra de la Majestad en las alturas.

Noten, primero, que esto implica reposo. Cuando el sumo sacerdote penetraba dentro del velo, no se sentaba. Permanecía de pie, dominado por

una santa agitación, portando la sangre sacrificial delante del esplendente propiciatorio; pero nuestro Salvador se sienta ahora a la diestra de Su Padre. El sumo sacerdote de la antigüedad no completaba su trabajo; el año siguiente se requería otro sacrificio expiatorio; pero nuestro Señor ha completado Su expiación y ahora “ya no queda más sacrificio por los pecados”, pues ya no queda ningún pecado que deba ser purificado. “Pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies; porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados”. Se sienta ahí, y yo estoy seguro de que no estaría sentado si no hubiera consumado la salvación de Su pueblo. Isaías fue inspirado mucho antes para registrar lo que el Mesías diría: “Por amor de Sion no callaré, y por amor de Jerusalén no descansaré, hasta que salga como resplandor su justicia, y su salvación se encienda como una antorcha”. Pero Cristo reposa ahora. Mis ojos, por fe, pueden verlo sentado allí, de tal manera que sé que:

La obra redentora del amor está concluida;
La batalla ha sido peleada y el combate fue ganado.

Noten, a continuación, que Cristo se sienta en el lugar de honor: “a la diestra de la Majestad en las alturas”. Por supuesto que ahora estamos hablando figurativamente, y no deben interpretar esto literalmente. Jesús se sienta a la diestra de Su Padre y mora en el más excelso honor y dignidad concebibles. Todo el ejército lavado con sangre y todos los ángeles lo adoran en un día interminable. El Padre se deleita en honrarlo.

El lugar más excelso que el cielo concede
Es Suyo, es Suyo por derecho,
El Rey de reyes y Señor de señores,
Y la luz eterna del cielo.

Jesús no sólo se sienta en el lugar de honor, sino que ocupa el lugar seguro. Nadie puede hacerle daño ahora; nadie puede impedir Sus propósitos o derrotar Su voluntad. Él está a la diestra omnipotente de Dios. Él es supremo Dios y Señor en el cielo arriba y en la tierra abajo y en las aguas debajo de la tierra y en toda estrella, y quienes no quieren someterse a Él serán quebrantados con vara de hierro y Él los desmenuzará como vasija

de alfarero. Así que Su causa es segura y Su reino es inexpugnable, pues Él está a la diestra del poder.

Y, por último, si Cristo está a la diestra de Dios, eso implica la eterna certidumbre de Su recompensa. No es posible que sea despojado de lo que compró con Su sangre. Yo tiemblo cuando oigo hablar a ciertas personas acerca de un Cristo desilusionado —o acerca de un Cristo que murió por casualidad, para lograr no sabía qué— que murió por algo que la voluntad del hombre podría darle si él así lo quisiera, pero que posiblemente le pudiera ser denegado. Yo no compro nada en unos términos como esos, pues yo espero recibir lo que compro; y Cristo tendrá lo que compró con Su propia sangre; especialmente porque vive de nuevo para exigir Su compra. No será nunca un Salvador derrotado o desilusionado. “Él amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella”; Él ha redimido a los que amó entre los hombres y tendrá a todos los que ha comprado. “Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho”; por tanto, digamos de nuevo: “¡Aleluya!”, y postrémonos y adorémosle.

Me parece que no hay prueba tan concluyente de la ceguera natural de los hombres como ésta: que los hombres no quieren venir y confiar en Jesús. ¡Oh pecadores, si el pecado les hubiera dejado sano el corazón, vendrían de inmediato y se postrarían a Sus pies! Todo poder ha sido depositado en Jesús, y todo el amor del Padre está concentrado en Jesús; por tanto, vengan y confíen en Él. Si confían en Él, harán patente que Él se entregó por ustedes. Esa simple verdad es la marca secreta que distingue a Su pueblo de todos los demás. “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen”. Nuestro Señor les dijo a quienes lo rechazaron cuando vivió en la tierra: “Vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas, como os he dicho”. Oh pobres ovejas, ¿tienen ustedes la intención de llevar siempre la marca condenatoria de la incredulidad? Si mueren con ese sello sobre su alma, estarán perdidas para siempre. ¡Oh, que ustedes tengan, en cambio, esa bendita marca de fe que es la señal del pueblo del Señor! ¡Que puedan colgar incluso ahora el cordón de grana como lo colgó Rahab fuera de su ventana, el cordón de grana de la confianza en la sangre carmesí de Jesús! Y mientras cae Jericó —mientras toda la tierra se desmorone en una común ruina— tu casa, aunque esté construida sobre el muro, permanecerá segura, y ni uno solo de los que están bajo su abrigo será tocado por la espada

devoradora, pues todos los que están en Cristo están en una seguridad imperecedera. ¿Cómo podría ser de otra manera, puesto que Él los ha purificado de sus pecados? ¡Que Dios le conceda a cada uno de ustedes participar y tener su porción en este bendito grupo, por causa de Su amado nombre! Amén.



Nota del traductor:

(1) Shekinah: Es una palabra que no se encuentra en la Escritura pero que fue usada por escritores judíos en épocas posteriores y también por los cristianos para denotar la Presencia divina visible, especialmente la que estaba entre los querubines sobre el propiciatorio. [\[volver\]](#)